

PROCLAMAR EL EVANGELIO DEL RESUCITADO

El Espíritu de Dios nos lleva a la comprensión y a la experiencia de la resurrección de Jesucristo. El mismo Espíritu nos revela que las Escrituras se cumplen en la resurrección de Jesús. El Espíritu Santo nos hace verdaderos testigos y nos impulsa a ofrecerle a los pobres la riqueza más valiosa: Cristo resucitado y el poder de su resurrección.

En los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles (2,1-8,3) se nos narra la proclamación del Evangelio de Jesucristo en Jerusalén, la ciudad sagrada de los judíos. El entorno poblacional de Jerusalén era el propio de una sociedad fundamentalmente teocrática y rural.

Actualmente vivimos en una sociedad bien diferente. Nuestras capitales son núcleos de población marcadas por la hegemonía tecno-económica y la cultura plural, tejida por hilos tan diversos como son: la secularización, la razón científica, la credulidad, la indiferencia religiosa... En nuestras ciudades se respiran los valores propios del neo-paganismo urbano. ¿Cómo proclamar el evangelio de Jesucristo en nuestro contexto?

Desde este interrogante abordamos este estudio de evangelio, fijándonos en el contenido de la primera predicación apostólica que se condensa en los dos primeros discursos de Pedro: **Hechos 2,14-39 y 3,12-26**. Pensamos que en ellos podemos encontrar claves fundamentales para acoger, vivir y proclamar la fe en Jesucristo, en el nuevo marco socio-cultural que vivimos.

1. El discurso de Pedro en Pentecostés: Hechos 2,14-39

El primer discurso '*kerigmático*' de Pedro está dirigido a los "*judíos y todos los que vivís en Jerusalén*" (2,24). Su finalidad es dar cuenta de la experiencia que los creyentes han tenido, al ser infundidos por el Espíritu de Dios. Pedro les anuncia que lo que les está sucediendo es lo anunciado por el profeta Joel (3,1-5). El gran acontecimiento que hará cambiar la suerte de Judá y Jerusalén ya ha tenido lugar. Es el "*día grande y glorioso del Señor*" (2,20) No se trata del día del juicio final, sino del día inaugurado por la Resurrección de Jesús.

De este mensaje, ya podemos sacar una consecuencia práctica para nuestra vida de fe: Sólo bajo la inteligencia del Espíritu de Dios es como podemos captar el sentido y el dinamismo de la Resurrección. Es el Espíritu "*derramado sobre toda la humanidad*" (2,17) el que da la suprema sabiduría para captar el evangelio de Dios que se ha revelado en el gran acontecimiento de la '*vida*', '*muerte*' y '*resurrección*' de Jesús (2,22-24). En torno a estos tres importantes versículos, tres breves notas:

- La vida de Jesús es una constante revelación de la acción de Dios a favor de los pobres y de la humanidad sufriente. Esta revelación, tal como lo subraya constantemente Lucas, es fruto del Espíritu Santo.
- La muerte de Jesús es expresión, por una parte, de la actuación de los hombres malvados, cegados por la mentira del poder y, por otra parte, del Plan de Dios que el hombre no puede, en principio, entender.
- La resurrección de Jesús supone la definitiva acción liberadora de Dios para liberar a su siervo de los dolores de la muerte, porque "*la muerte no puede tenerle dominado*".

Pedro se refiere al acontecimiento de la Resurrección de Jesús, utilizando el salmo 16,8-11, que pone en boca de David la confianza radical del siervo de Dios, de quien espera la liberación del '*sheol*', el reino de la muerte al que van a parar los muertos, buenos y malos. Pedro reconstruye el sentido del salmo, aplicándolo a Jesús y simultáneamente interpreta su muerte y

resurrección a la luz de la Escrituras. Así, la primera comunidad cristiana entenderá las Escrituras a la luz del acontecimiento de la Resurrección, revelado por el Espíritu Santo.

Pedro anuncia la resurrección, bajo la inteligencia del Espíritu Santo, a la luz de las Escrituras y con el apoyo de su testimonio. Pedro comparte públicamente su vida en lo que afirma solemnemente. Y es que no basta interpretar las escrituras al nivel de las ideas, es además necesario el testimonio personal de los discípulos. Así Pedro da testimonio de que Jesús *"enaltecido y puesto por Dios a su derecha, recibió del Padre el Espíritu Santo y lo repartió. Eso es lo que estáis viviendo y oyendo"*. En esta línea, vemos que Pedro ha interpretado, de nuevo, las Escrituras, esta vez el Salmo 110,1: *"El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que hagas de tus enemigos estrado de tus pies"*.

El versículo treinta y seis recoge, a modo de conclusión, el testimonio público de Pedro y los primeros creyentes, del Evangelio de Jesucristo: *"Sepa, pues, todo el pueblo de Israel, con toda seguridad, que e este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Mesías"*. En este versículo Pedro y con él toda la Iglesia, expresaban la síntesis del evangelio del mismo Jesús, que equivalía a lanzar un triple reto al evangelio de la ley y templo de Jerusalén, al evangelio de la sabiduría griega condensada en el ágora de Atenas, y al evangelio del César, Señor de Roma y su imperio.

Jesús ha venido a traer la verdadera salvación, en perspectiva y métodos inversos a los que usaban los sacerdotes judíos, los sabios griegos y los emperadores romanos. Jesús contraviene los *'evangelios'* establecidos tanto en Israel, donde los *'justos'* eran la clase dirigente (Lc 18,9; 5,32; Mt 9,13), como en el mundo pagano romano-helenista en el que los principales eran los sabios y los ricos y en el que sólo el César era *'divus'*. Jesús no proclama la *"buena noticia"* a estos *'justos'* ni a estos *'divos'*, sino a los *'pecadores'* (Mc 2,1-16; Mt 11,19) y a los *'pobres'*, a los *'no violentos'* (lo contrario de los *'millites gloriosi'*), a los que son objeto de persecución (por ser *'justos'* desde la clave del amor de Dios y no desde el esquema de la ley), a los que *'lloran'* (no a los que se dedican a los placeres y honores palaciegos), a los que *'tienen hambre y sed de justicia'* (no de revancha y de venganza).

Jesús ha venido a despertar en este mundo el espíritu y los signos del *'Reino de Dios'*, contrario a los reinos de este mundo, basados en el poder sacerdotal de Jerusalén, intelectual de Atenas, o imperial de Roma. Jesús ha venido, en definitiva, a liberar a *"Dios"*, secuestrado por los sacerdotes, los razonadores, los ricos y poderosos, y a devolverlo a sus destinatarios preferentes: los pobres, las víctimas de la violencia, los ignorantes, los pecadores... Otra consecuencia para nuestra fe: El evangelio de Jesús es un evangelio subversivo. Así lo hemos de entender. No tanto porque trae recetas sociales para cambiar el mundo, sino porque rescata a Dios de la hipoteca a la que las clases dirigentes lo tienen sometido, restituyéndoselo a sus auténticos destinatarios. De este Jesús procede nuestra fe y es él, ya resucitado, quien la perfecciona (Heb 12,2)

Sin duda, esta fe provocará en los destinatarios del hoy y del aquí la misma pregunta que le hicieron a Pedro los creyentes que oían su testimonio: *"¿Qué debemos hacer?"* (2,37) La respuesta no se hace esperar: acoger la llamada de Dios a profundizar en el amor y seguimiento a Jesucristo (2,38-39) Ello desembocará, sin duda, en una reconversión de nuestra vida.

2. El discurso de Pedro en el Pórtico de Salomón: Hechos 3,12-26

El segundo discurso de Pedro, realizado en el pórtico de Salomón del Templo de Jerusalén, viene precedido de un hecho concreto. Pedro y Juan se dirigen al Templo para la oración de las tres de la tarde. Un pobre tullido se cruza en su camino y les cambia la mirada y el programa. La nueva mirada de los discípulos del Resucitado, cambia también la mirada y la actividad del pobre.

El Espíritu de Dios transforma la mirada del discípulo de Jesús ante la propia mirada del pobre. Aunque el pobre les pida, como piden los mendigos que están junto a las puertas de

nuestras iglesias, plata u oro, ellos captan su verdadera necesidad, la que el pobre no explicita, pero la que Dios conoce. Por eso le miran desde la fe de Jesucristo. Es éste, Jesús resucitado, el que con su fuerza resucitadora cambia también la mirada del tullido, y lo pone en pie y alabando a Dios.

La gente que ha visto el prodigio se agolpa en torno a Pedro y Juan. Pedro les dice: *"¿Por qué os asombráis israelitas? ¿Por qué nos miráis como si nosotros hubiéramos hecho andar a este hombre por nuestro propio poder o por nuestra devoción a Dios?"* (2,12)... *Lo que ha hecho cobrar fuerzas a este hombre que veís y conocéis, es la fe en el nombre de Jesús. Esa fe en Jesús es la que le ha hecho sanar completamente, como todos podéis ver*" (2,16). Con estas palabras Pedro ha deshecho un malentendido: el tullido ha sido sanado, no por el poder mágico de Pedro, sino por la fuerza de Dios que ha hecho resucitar al crucificado. De esta fuerza, subrayará Pedro, han hablado Moisés, los profetas, *"de Samuel en adelante"* (2,24) y los creyentes antiguos, empezando por Abraham (2,25)

Pedro les hace ver la maldad que ha supuesto haber matado a Jesús, aunque reconoce que esta maldad es el resultado de la propia ignorancia (3,17). Pero sobre todo, les hace ver la bondad y la consecuente fuerza reconciliadora de Dios: *"Cuando Dios resucitó a su Hijo, os lo envió primero a vosotros, para bendeciros, para que cada uno de vosotros se convierta de su maldad"* (3,26)

No cabe duda que el encuentro con el resucitado, como le sucedió a Pablo, le hace ver a uno la propia oscuridad, la propia ignorancia, el propio error e, incluso, la propia maldad, pero sobre todo le da luz, ánimo, fuerza, para confiar en Dios, capaz de reconvertir la vida hacia el bien. Muchas son las personas tullidas, muchas las que están pasando noches oscuras del alma. El Resucitado puede 'resucitar' sus vidas.

3. Reflexión teológico-pastoral

1. Pedro, pescador pobre de Galilea y hombre pecador, habla con poder y autoridad. Junto a Juan da un testimonio claro y comprometido, porque está *"lleno del Espíritu Santo"* ¿cómo nos dejamos infundir por el Espíritu de Dios?

2. La proclamación del Evangelio de Jesucristo no es tarea primordialmente humana. El protagonismo es del Espíritu Santo. Él lleva la iniciativa y suscita en el pueblo creyente luces y dinámicas, que permiten en cada tiempo y lugar la acogida del anuncio de la buena noticia de Dios en Jesucristo. ¿Sabemos dar en nuestras parroquias y comunidades este protagonismo al Espíritu Santo?

3. Es el mismo Espíritu Santo quien suscita personas con carisma para dirigirse al pueblo creyente y anunciar que la novedad positiva que están viendo, oyendo y, en una palabra, experimentando en sus vidas y en la sociedad, es un signo de la definitiva novedad que ha vivido y ha derramado en nosotros Jesucristo, el crucificado-resucitado. ¿Oramos para que el Espíritu suscite personas con carisma al servicio de la proclamación del evangelio? ¿Las sabemos detectar y apoyar, sobre todo en momentos de dificultad?

4. Es el mismo Espíritu Santo el que convierte a la comunidad de los creyentes, discípulos-apóstoles de Jesucristo, presididos por Pedro, en comunidad de contraste y referencia de vida para unas personas y una sociedad que todavía no han conocido a Jesucristo. ¿Cómo ayudarnos a que nuestras parroquias no sean meras *'estaciones de servicios religiosos'*, a modo de gasolineras, y se conviertan en comunidades sencillas *'de contraste'*?

5. Pedro habla a una población de *"creyentes"*. Son personas religiosas, eso sí, pero que todavía no conocen a Jesucristo. Entre nosotros también hay personas religiosas, con una religiosidad configurada a través de la cultura de nuestro tiempo (burguesa, neopagana...), pero que no conocen a Jesucristo, es decir, no tienen todavía una adhesión vital hacia Él. ¿Cómo asumir la invitación del Espíritu de proclamar el evangelio de Jesucristo, partiendo de la propia situación ético-religiosa de nuestros conciudadanos?

6. Lo que desencadena el testimonio evangélico es el encuentro de Pedro y Juan con el tullido. El tullido representa al pobre y al pueblo que están sometidos a ser objeto de la ley y de la religión. Pues bien, este tullido hará cambiar los planes '*religiosos*' de los apóstoles. ¿Cómo se da entre nosotros el encuentro entre la Iglesia y los pobres? ¿Sabremos devolverles a Dios, secuestrado, tantas veces, por los dirigentes de la religión y del poder?

7. Hay muchas personas que se acercan a nuestros templos y despachos parroquiales, pidiendo "*papeles*", ayuda económica o moral. ¿Sabemos detectar en su mirada otro tipo de necesidad, más acorde con el plan de Dios? ¿Cómo ayudarles a captar la mirada del crucificado-resucitado, que les invita a renacer a una nueva vida?

Pako Etxebeste
San Sebastián